

**MISA DE CLAUSURA
X SÍNODO DE SANTIAGO
21 de mayo de 2018**

**Homilía del Arzobispo de Santiago
Cardenal Ricardo Ezzati A.**

Con el corazón lleno de gratitud, de alegría, de consuelo, terminamos con esta Eucaristía de acción de gracias la celebración del X Sínodo de nuestra Iglesia arquidiocesana. No puedo sino recordar en este momento cómo la celebración conclusiva de la eucaristía del Año de la Misericordia, cuando en la Plaza de San Pedro, rodeando al papa Francisco, miles de sacerdotes, de obispos, acompañados por una plaza llena del Pueblo santo de Dios, escuché de labios del Papa Francisco que había escogido como tema para el próximo sínodo universal de la Iglesia el texto que le habíamos propuesto un grupo de obispos que estábamos participando en el sínodo sobre la familia. Le habíamos propuesto al Santo Padre que el tema del sínodo futuro fuera la transmisión de la fe a los jóvenes, los jóvenes y la transmisión de la fe. Y en ese momento de la homilía, en la eucaristía, el Santo Padre nos anunció que el tema del sínodo que se celebrará en octubre próximo, sería justamente Jóvenes, fe y el discernimiento vocacional.

Con la visión propia del sucesor de Pedro, que tiene la misión de confirmar la fe de los apóstoles, el Papa enriqueció la propuesta que le habíamos hecho. No solamente colocó al centro de la reflexión eclesial, del discernimiento de una Iglesia que justamente en esos días había celebrado también solemnemente los 50 años desde el inicio de los sínodos en la Iglesia del tiempo postconciliar, sino que había intuido que de verdad en esos sínodos, en la sinodalidad de la Iglesia, el Papa tiene por mandato divino también una misión específica, y él agregó la última parte del tema sinodal: Jóvenes, la fe, que le habíamos propuesto sus hermanos obispos, y él, como sucesor de Pedro había agregado el discernimiento vocacional, entendiendo por discernimiento vocacional la misión que como Iglesia los jóvenes de hoy y de siempre, junto con los hermanos y hermanas en la fe tenemos en la Iglesia, la misión de ser testigos y apóstoles de Jesucristo, en los diferentes ambientes de nuestra vida, de nuestra misión, de las culturas en las cuales estamos, en medio de los conflictos y en medio también de las tempestades, que nunca le faltan a la Iglesia, desde el momento en que Cristo la quiso fundar sobre la roca firme de Pedro.

Al final de esta eucaristía, cuando los cardenales tuvimos la oportunidad de saludar, allí en la Plaza de San Pedro, al Papa, acercándome a él le dije: Santo Padre, la homilía suya ha puesto en mi corazón una inquietud, la inquietud de haber vivido a lo largo de estos años en una Iglesia que necesita abrirse a los jóvenes para anunciarles la riqueza del Evangelio, y para que estos jóvenes, desde su realidad, iluminados por Jesucristo y su Evangelio, puedan descubrir la

hermosa misión de ser continuadores de Cristo a lo largo de la historia de Santiago, a lo largo de nuestra historia.

Viviendo la experiencia que hemos comenzado el viernes pasado, invocando el don del Espíritu, en el clima de Pentecostés, de la presencia fuerte del Espíritu en nuestra comunidad eclesial, y concluyendo hoy la celebración canónica del X Sínodo, celebrando por primera vez la fiesta de María, Madre de la Iglesia, sentimos una vez más que la Palabra de Dios nos vuelve a los pies de la cruz y nos vuelve al cenáculo, donde el Espíritu Santo irrumpe en la historia de la humanidad para transformarla en una historia de salvación.

Me han preguntado algunos de ustedes que cómo ha vivido el obispo esta celebración sinodal, con qué sentimientos, con qué espíritu. El día en que abrimos el sínodo los invité a mirar la experiencia de Pedro, toda su experiencia y a escuchar la voz de Jesús, que después de haberlo interrogado sobre el amor, le decía: "Sígueme, sígueme". Y aunque Pedro, en algún determinado momento quiso distraer la atención de Jesús para preguntarle qué pasa con Juan, Pedro vuelve al centro de la pregunta de Jesús. Jesús lo vuelve a ese centro: Y a ti qué te importa qué pase con él. Tú, sígueme.

He vivido este tiempo de Obispo de Santiago desde el 11 de enero del año 2011 con un peso enorme sobre mis hombros. Les quiero confesar que lo que me había pedido el Papa Benedicto no era que fuera el Arzobispo de Santiago. Me había pedido otro servicio. Y, sin embargo, cuando el Nuncio me pidió obedecer al Papa y aceptar venir a Santiago, vine con mucha esperanza, con mucha alegría, consciente de mi fragilidad como lo dije el día que inicié el ministerio episcopal en la Catedral de Santiago, pero también confiado plenamente en la gracia de Dios. Hoy día, después de siete años no puedo decir delante del Señor, ni delante de esta comunidad, que me siento arrepentido de haber confiado en la palabra de Jesús, a través del sucesor de Pedro. Él me dijo "sígueme" y yo humildemente confiado en su palabra lo he seguido.

No tenía idea que el día siguiente, el 12 de enero, el Nuncio Apostólico me entregaría el veredicto de una causa que había durado más de cinco años y que recogía años de historia, años de abusos. Años de una actitud soberbia que el Papa Benedicto (XVI), después me dijo a los cinco meses, que había sido un problema ideológico gravísimo, culminado también con el abuso sexual – y lo más grave – revestido de un ropaje de religiosidad. A lo largo de estos siete años de ministerio episcopal en medio de ustedes, he tenido que resolver varios problemas de esta índole. La Santa Sede me ha confiado seis casos, los cuales han terminado todos ellos con la dimisión del estado clerical de las personas que habían sido acusadas. Prácticamente un caso por año. Pero no fue un caso por año, sino que fueron los seis casos concentrados en los primeros 4 años de mi ministerio episcopal.

Pero un caso ha seguido presente, como si fuera constantemente un temporal que se repetía con tempestades cada vez más fuertes. Y es el tema que

justamente el Papa Francisco nos ha querido ayudar, no a resolver, sino a enfrentar con renovado impulso, con renovada vergüenza, con un renovado dolor y con una renovada incapacidad de poner remedio a una enfermedad tan grave, tan mortal, que a pesar de todos los esfuerzos hechos, ustedes a lo largo de estos días también han manifestado sentir como un dolor inmenso, una herida profundísima.

Yo soy por voluntad de Dios el padre de esta comunidad ¿Y hay acaso un padre que no sufre íntimamente, profundamente con el dolor de sus hijos? ¿Hay un padre que encubre la vergüenza que sufre una familia por algún motivo de tipo de interés personal? Ninguno. Se lo puedo confesar con toda verdad.

En mi vida de sacerdote, aquí en esta Patria de mi vocación, siendo joven sacerdote todavía, fui declarado enemigo de la Patria por haber defendido a los pobres, a los presos, a los encarcelados, a la injusticia de los armamentos en lugar que ese dinero fuera distribuido o invertido en el progreso de la gente. Y en estado de guerra como estábamos, el declarar a alguien enemigo de la Patria significaba ser condenado a muerte. Los obispos de la época fueron tan generosos que estuvieron al lado nuestro. Uno de esos hermanos que también había sido acusado de esto falleció el año pasado y fue un gran catequeta y servidor de la Iglesia de Chile.

Con ese espíritu he asumido la tarea de ser obispo en Valdivia, he asumido la tarea de dejar Valdivia dónde ordinariamente un obispo residencial no es llamado para otra cosa, para venir a servir en Santiago como obispo auxiliar. Y lo hice con mucha alegría, con mucha esperanza. De allí el Santo Padre me llevo a Concepción. La primera actividad desde Concepción fue liderar la liberación de unos trabajadores forestales que llevaban más de cuarenta días de huelga, terminado esa huelga por mediación del obispo, lastimosamente precedida por un muerto. Pero no quiero detenerme en eso.

Quiero decirles que al obispo, a este obispo le duele inmensamente el dolor de sus hermanos, especialmente el dolor de aquellos que se sienten y han sufrido violaciones graves de sus derechos. Y me duele ver a los hijos de esta Iglesia, de los cuales el Señor me ha constituido padre y pastor, sufrir las expresiones escuchadas en el día de ayer en nuestra asamblea (que) la he visto como una expresión del dolor profundo de cada uno de aquellos que han hablado y también de aquellos que no han hablado. Me duele sin duda alguna la falta de credibilidad de aquellos que de la mentira hacen verdades, pero me duele más todavía la incredulidad o la falta de credibilidad de los hermanos en la fe y de los hijos en la fe.

Sé y tengo plena conciencia que, como todos ustedes, más que ustedes, tengo debilidades y flaquezas. Me duele que la mentira se haya vuelto una verdad. Me duele inmensamente que una enfermedad tan grave como la que hemos denunciado en varias ocasiones, no haya tenido el remedio necesario para ser vencida y para ser superada. Yo quiero acoger y acojo aquí y se los digo con

todo el corazón abierto, la crítica, la indignación, la rabia que más de alguno ha manifestado en el día de ayer y que comprendo perfectamente, la rabia de tantas otras personas que ven en los pastores, en los obispos, el chivo expiatorio de toda nuestra debilidad. En ese sentido, por ser aquel que de alguna manera encabeza, resume toda la indignación, quiero pedirles en primer lugar, misericordia y perdón, les pido el afecto que los hijos deben expresarles a sus padres Y yo diría más que afecto, les pido amor. Ese amor que es sobrenatural y que es de Cristo, que ama más allá de sus propios méritos. Creo que haber vivido este sínodo en este tiempo clave de dolor, pero de un dolor redimido, de un dolor que vivimos a los pies de la cruz, de un dolor que vivimos junto con María a los pies de la cruz, nos hace y nos va hacer mucho bien. Hoy terminamos nuestro sínodo mirando a María, madre de la Iglesia. María es madre de esta iglesia, de esta iglesia confundida por sus pecados, de esta iglesia indignada por el pecado. Y qué bueno y qué saludable es que vivamos indignados con el pecado. Con el pecado nunca hay que hacer alianza, con el pecado hay que luchar siempre, en contra del demonio tenemos que luchar siempre, aunque lo sintamos como dice San Pedro, como un león rugiente que busca a quien devorar.

Hoy celebramos a María, Madre de la Iglesia, la Virgen de los tiempos difíciles, es la que estuvo a los pies de la cruz en un tiempo tremendamente difícil para ella, la madre del hijo que mataban y estuvo ahí para escuchar la herencia que su Hijo le dejaba. "Mujer ahí tienes a ti Hijo" y ese hijo la recibió en su casa. Es la ocasión propicia el término del X Sínodo, que nosotros podamos acoger la invitación que nos hace San Juan, desde aquella hora la recibió en su casa. Acoger a María en nuestra casa, María que en medio de la prueba de la cruz, nos indica que nosotros no somos los salvadores del mundo, no somos los salvadores de nuestra iglesia, que el salvador es su Hijo y que en medio de todas las pruebas de la vida, estamos llamados a descubrir, a poner el centro – como nos dice el Papa – a Jesucristo el Señor, porque solamente Él da sentido a nuestro seguimiento y a nuestro discipulado. Quiero terminar esta reflexión, con las palabras que el Papa nos dirigió a los obispos de Chile hace un tiempo atrás,

Después de estos días de oración, los envié a seguir construyendo una Iglesia profética que sabe poner al centro lo importante del servicio al Señor, en el hambriento, en el pobre, en el migrante, en el abusado. Que podamos ser una Iglesia de Santiago que pone al centro a Jesucristo y a la misión que nos ha encomendado. Muchas gracias por la presencia activa de cada uno de ustedes. Muchas gracias por que han dejado que la voz del espíritu resonara en su corazón y la pudieran compartir con todos sus hermanos. Muchas gracias por ser la iglesia de Jesús, una iglesia sinodal, porque es iglesia que caminan juntos. Porque ministerio, carisma, servicios laicales, servicio de personas consagradas, servicios sacerdotales, los vivimos como un gran don de Dios para nosotros mismos y sobre todo, un don de Dios para nuestros hermanos. Vayan a sus comunidades y lleven la buena noticia, comprométanse a ser buenas personas, misioneros de Jesús que quieren ponerlo al centro de cada una de sus

comunidades, al centro de sus poblaciones, al centro de sus propias vidas. Vayan con audacia, porque el que va con ustedes es el Señor Jesús, aquel que les ha dicho y nos ha dicho, vayan, y recordando lo que el Papa Francisco nos ha dicho en Maipú, vayan preguntándose qué haría Cristo en mi lugar.

Amén.